

Contra la unicidad del método

MIGUEL ALFONSO MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA Y ORTEGA

En este artículo se sostiene que una de las principales contribuciones de la Socioeconomía es haber roto con la tendencia a la unicidad del método, tan típica de la corriente principal de la economía, y que ha llevado a un cierto escepticismo sobre el sentido de la metodología de la ciencia económica. La complejidad y multidisciplinariedad que por su propia naturaleza presenta el problema económico ha llevado a explorar diversas aproximaciones sobre el sentido del método. Queda patente que un adecuado estudio del problema económico necesita de una visión más amplia y más honda, una antología más completa, a la hora de enfocar cual pueda ser el método adecuado para elaborar las ciencias sociales, y de modo más concreto para estudiar el problema económico.

Introducción

¿Es realmente la economía una ciencia? ¿En qué sentido? Parece como si existiera un prototipo de método científico, si se cumple puede usarse el honroso nombre de científico, si no, se es arrojado a las tinieblas exteriores donde sólo existe lo mágico y metafísico. Desde sus inicios ha sido manifiesto la continua y no interrumpida tendencia de la economía a copiar la considerada paradigmática metodología de las ciencias naturales, y de modo especial el de la física.

El problema, o desgracia, es que la historia de la ciencia ha puesto de manifiesto¹ que no existe tal cosa como un método científico ideal al que ajustarse. En otras palabras, que el concepto de racionalidad no es unívoco, sino más bien multidimensional, de tal modo que un agente actúa racionalmente en un sentido, pero puede que no actúe racionalmente en otro. La racionalidad es algo más que la aplicación de unas reglas lógicas, se trata de un arduo proceso de acercamiento a lo cognoscible, para lo que es imprescindible pertenecer a una comunidad.

En mi opinión, esta multilateralidad o complejidad del concepto de racionalidad es uno de los aspectos básicos que pretende poner de manifiesto la socioeconomía.² Parte del programa de la socioeconomía es el empeño por superar el planteamiento de una metodología que entiende que hay «una sola salida» en el enfoque de la racionalidad del fenómeno económico. En este sentido, sería contradictorio hablar de una «metodología

1. Véase Ph. Mirowski (1989), *More heat than light. Economics as Social Physics, Physics as Nature's Economics*, Cambridge University Press, Cambridge. También es muy interesante el capítulo 8 de *Reason, Truth, and History*, de Hilary Putnam, Cambridge University Press (1981).

2. Para entender las bases de la socioeconomía lo mejor es leer *The Moral Dimension*, de A. Etzioni, Free Press, Nueva York, 1988. En castellano hay una excelente introducción al tema: *Socioeconomía*, de José Pérez Adán, Trotta, Madrid, 1997.

socioeconómica». Es una muy importante intuición destacar que no existe un solo camino para enfrentarse al estudio del fenómeno social.

Se cuenta, sea cierto o no esta ahora fuera de lugar, que Unamuno, oyendo a un conferenciante comentó a media voz: «lleva un rato sin contradecirse, debe ser tonto». Con independencia de la historicidad de la anécdota, sirva aquí para expresar la idea de que toda racionalidad que pretende una perfecta autocoherencia corre el peligro de salirse de la realidad, de perder su propia fundamentación lógica.

Previo al problema metodológico está el sentido o inteligibilidad de una disciplina, como la economía que, en su versión neoclásica, se presenta como separada de otras categorías del fenómeno social. Lo que los neoclásicos entienden por «economía» vendría a ser una extremada simplificación de un problema muy complejo que puede ser presentado desde dos puntos de vista. Desde un primer punto de vista, se trataría del «problema de la acción», o sentido de la libertad y autodeterminación de la acción humana. Desde un segundo punto de vista, se trataría del «problema de orden», o de la necesaria interconexión de las acciones humanas de diferentes agentes. En otras palabras, dos puntos de vista que enfocan un mismo e inseparable fenómeno: la idea de que la libertad sólo es entendible en el seno de un orden o racionalidad que desborda la pura individualidad.

Cartesianismo y ciencias sociales

La tradición cartesiana, al introducir la dicotomía sujeto objeto, provocó que el análisis de la acción humana se transformara en un dilema dicotómico difícilmente tratable. Si se pretende hacer énfasis en la libertad, se adopta a una solución individualista subjetivista, según la cual el individuo constituye el supuesto, y el orden vendría a ser la consecuencia. Si se pretende hacer énfasis en el orden, se adopta a una solución colectivista, según la cual el orden sería el supuesto, y el individuo la consecuencia. Un dilema que ha permanecido presente desde entonces, y que alcanza su máxima expresión en el conflicto Kantiano entre libertad y determinismo, que tanto ha influido en la metodología social, y de modo especial en la elaboración de la economía neoclásica.

La solución individualista parece dejar a salvo la libertad, pero pagando el alto precio de convertir el orden en un resultado cuya explicación se deja en manos de la aleatoriedad. Defender una apariencia de libertad, manteniendo el principio del «laissez faire» obliga a una explicación muy poco realista de la racionalidad y voluntariedad del agente. Hay que partir de un modelo de individuo que para actuar parece no necesitar de los otros, ni de la sociedad en su conjunto. Un individuo que actúa «desde fuera», o «desde ningún lado». Por su parte, la solución colectivista aparentemente parece dejar a salvo la idea del orden, pero pone en entredicho la explicación de la libertad. Reconoce la existencia de un marco para la racionalidad, pero no sabe explicar como en ese marco puede haber autonomía de la voluntad.

No obstante, y de manera paradójica, ambas posturas se profesan racionalistas, y en cierto sentido ambas son individualistas o subjetivistas. Paradoja fácil de explicar ya que lo social presupone la acción humana, y los enfoques racionalistas adoptan un modelo racionalista de esa acción. La clave de toda teoría social es la antropología subyacente,³ y en consecuencia el modo de entender la libertad, o mejor dicho, el sentido de la autonomía de la acción humana.

Hobbes fue el primero que se enfrentó con las consecuencias de la aplicación rigu-

3. Véase P. Berger y T. Luckman (1972), *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires.

rosa del dualismo cartesiano, en forma de un dilema perverso según el cual si se afirma la libertad, entendida mecánica o utilitariamente, entonces el orden es inexistente o altamente precario, y si se afirma el orden, se requiere el sacrificio total o parcial de la libertad que inicialmente se le atribuye al individuo. Dilema que pone de manifiesto que la eficacia de la acción humana requiere el orden como condición imprescindible. Como el mismo Hobbes reconoce, el argumento básico para aceptar ese sacrificio de la libertad en el ara del orden es el logro de la eficacia de la acción. No percibir la relación dialógica entre acción y orden, entre persona y comunidad, conduce a una concepción de libertad, que como le sucede a Hobbes, resulta ser una ficción, y operacionalmente autodestructiva e inviable.

La economía surge entonces como un intento de salvar el dilema de Hobbes. Es decir, como un desesperado intento de explicar el orden a partir de la libertad de un individuo que sigue siendo el modelo Hobbesiano de acción humana. El primer intento en este sentido es obra de Locke, para quien ese individuo es lo suficientemente racional como para ejercer su acción de modo eficaz, es decir, respetando y reconociendo los derechos de los demás. En otras palabras, ejerciendo una libertad que no es destructiva, como sucedía a la de Hobbes, sino constructora de orden. Solución que suponía que el orden surgía perfecto de la mente de los individuos, como Atenea de la cabeza de Zeus, algo tan apartado de la realidad que fue rechazada casi inmediata y unánimemente.

Los ilustrados escoceses, especialmente Hume y Smith, propusieron una explicación alternativa que parecía superar las aporías de Hobbes y Locke. El orden se generaría de un modo esencialmente aleatorio, por prueba y error, a través de un proceso histórico de evolución y progreso. Una explicación ciertamente interesante, que de modo implícito introduce la idea de institución, y de enlace entre la acción y lo social, recuperando la dimensión histórica de la acción humana, que Hobbes y Locke habían tratado de excluir. El punto débil de esta propuesta es el excesivo protagonismo que se otorga a la aleatoriedad, para salvar la racionalidad del individuo hobbesiano, en detrimento de lo institucional.

Los ilustrados escoceses, no supieron superar el modelo hobbesiano de individuo, pero al mismo tiempo se daban cuenta de que el orden es una precondition para la eficacia de la acción individual. Con el ánimo de no caer en un razonamiento circular optaron por remitir al azar, a la «mano invisible», la explicación de cómo se conecta la libertad con el orden. En el fondo un modo de ocultar el problema, pero que no cerraba totalmente el camino a los aspectos institucional e histórico de la acción humana. Por eso calificaron la nueva ciencia de economía política, como un reconocimiento de sus aspectos no puramente «científicos».

El llamado paradigma neoclásico de la economía tiene sus raíces ideológicas en el utilitarismo de Bentham y J.S. Mill, se caracteriza por una eliminación radical de todo vestigio institucionalista. Es decir, por la implantación rigurosa de lo que Schumpeter calificó de «individualismo metodológico». Todo fenómeno social debe ser reducido a la idea de un individuo que sólo se gobierna por sus pasiones y sus intereses. La pregunta es entonces la siguiente: ¿cómo explicar la existencia de unos individuos que actúan con perfecto conocimiento de sus intereses? No es necesario extenderse mucho para darse cuenta de que en el fondo de esta explicación se esconde un razonamiento circular, gracias al cual se puede dar la impresión de haber superado el conflicto entre la libertad y el orden.

Los neoclásicos llevados por su prejuicio racionalista,⁴ deseosos de convertir la

4. Véase Philip Mirowski (1987), «The Philosophical Bases of Institutional Economics», *Journal of Economic Issues*, vol. 21, n.º 3, pp. 1.001-1.038.

economía en una «ciencia dura», al estilo de la física de su tiempo, le cambiaron el nombre por el de economía, a secas. Y la sometieron a los dictados de un supuesto único paradigma metodológico, que se ha ido manifestando cada vez más inadecuado para tratar con la complejidad del fenómeno social.

La dimensión sociológica de la economía

Puede decirse que la sociología surge con ocasión del reconocimiento de la tensión entre libertad y orden,⁵ o entre el individuo y la totalidad, que la economía había tratado de ocultar encerrándola en el puño de la «mano invisible». Marx, que aceptaba de hecho el planteamiento materialista y ateo de Hobbes, sostenía que la racionalidad económica, tal como la planteaban Hume, Smith, y sus epígonos, llevaba inevitablemente a la progresiva desaparición de la libertad de los individuos.

Weber intenta buscar una postura de oposición a la sociología de Marx, pero de hecho su análisis del proceso de la racionalidad le lleva a un pesimismo sin salida. El Progreso entendido como una continua mejora de la eficiencia de la acción humana conlleva una continua extensión de la racionalidad instrumental, que va poco a poco eliminando todo residuo de lo mítico, lo mágico, lo religioso, etc., hasta acabar por encerrar al hombre en la jaula de una progresiva falta de libertad y solidaridad. En este sentido, la economía es, para Weber, sólo un aspecto de ese fenómeno de crecimiento de la racionalidad instrumental que lleva a la progresiva supresión de la libertad individual. Las burocracias, estatales y empresariales, que expresan la materialización del crecimiento de la racionalidad acabarán gobernando y controlando a los individuos desde fuera.

La sublevación contra los presupuestos del individualismo metodológico implícitos en la economía provienen de Parson, desde el campo de la sociología, y de Keynes y Simon, desde el campo de la misma economía neoclásica. Para Parsons se hacía necesario liberar a la economía del estrecho planteamiento del enfoque utilitarista. Sólo superando el enfoque puramente racionalista del individualismo atomista sería posible recuperar el elemento voluntario o intencional. Había que reconocer la estructura social sin que por ello resultase amenazada la subjetividad y la libertad. Para lo cual se hacía imprescindible admitir la mediación de las normas y de los valores.

Puede decirse que Parsons intentó sustituir la racionalidad instrumental por la normativa,⁶ en lugar de intentar una síntesis entre ambas. Se negó a aceptar que en el orden no sólo hay componentes normativas, sino que también es imprescindible la contribución de lo instrumental. Es probable que en esta dicotomía entre lo normativo y lo instrumental resida el fracaso del intento de Parsons.⁷ En cualquier caso es muy importante su intento de explicar el orden sin apelar a lo aleatorio, y al mismo tiempo sin eliminar la subjetividad. Parsons no arguye contra la importancia del individuo como realidad empírica, sino contra la posición analítica que lo presenta de modo asocial.

La crítica de Simon y Keynes proviene de la incapacidad de la razón humana para

5. Véase T. Luckman (1996), *Teoría de la acción social*, Paidós, Barcelona.

6. Véase Jeffrey C. Alexander (1995), *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial. Análisis multidimensional*, Gedisa, Barcelona.

7. Como han señalado L. Mayhew (1984), «In Defense of Modernity: Talcott Parsons and the Utilitarian Tradition», *American Journal of Sociology*, vol. 89, n.º 6, pp. 1.273-1.305; y F. Bourricaud (1981), *The Sociology of Talcott Parsons*, Chicago University Press, a pesar de las críticas iniciales de Parsons al utilitarismo, progresivamente volvió a reintroducir una visión predominantemente utilitarista de la realidad mediante su concepto de *institucionalismo individualista*.

cumplir los requisitos de racionalidad que exige los supuestos de la conducta utilitarista. Surge así la idea de la «racionalidad limitada» que desencadenaría la «revolución cognitiva». El hombre sólo sería racional si el orden fuese accesible a su razón, si viviese en un universo ergódico de información constante, y contase con la suficiente capacidad de almacenamiento y proceso necesaria para manejar toda esa información. Sólo entonces podría calcular efectivamente las consecuencias de su acción. El hombre, según Simon, no actúa por cálculo completo, con racionalidad substantiva, sino con racionalidad limitada o procesal, recurriendo al apoyo de rutinas y hábitos que reducen la incertidumbre, y crean un ámbito de acotamiento de la incertidumbre donde es posible el ejercicio de la racionalidad limitada. Surge así la necesidad de la organización y la institución como medio de apoyo a la limitada racionalidad humana. Las instituciones y organizaciones, eliminan la incertidumbre, pero se mantiene la pregunta, con que criterio se elimina la incertidumbre.

La reacción de Keynes ante el descubrimiento de la incertidumbre es más cínica que la de Simon. Su conclusión es que los agentes se mueven por puro «vitalismo», y que nada asegura que se genere ningún orden. Es más pueden generarse equilibrios, pero que no son «ordenes», en cuanto son situaciones indeseables para una parte mayor o menor de los agentes. Keynes rechaza abiertamente el falso optimismo de los primeros economistas liberales, para quien el «azar», la «mano invisible», era capaz de generar un orden.

Hacia la apertura de la metodología y la racionalidad

Después de Parsons, Simon y Keynes, la metodología neoclásica de la economía, entra en una situación de perplejidad y desconcierto. El núcleo del problema es la necesidad de superar el concepto de racionalidad instrumental, de raíz cartesiana, para dar entrada a otras dimensiones de la acción humana como son lo corporal, lo instintivo, y lo voluntario.

Tanto el funcionalismo, tipo Parsons, como el estructuralismo, tipo Lévi-Strauss, no han sabido o no han podido encontrar el eslabón que articula al agente entre la individualidad y la comunidad. En parte debido a la influencia del modelo positivista de las ciencias naturales que exige la «expulsión del sujeto», o lo que es lo mismo la ausencia de una verdadera teoría de la acción humana, y que ha llevado a algunos a la retórica de la «recuperación del sujeto». En cualquier caso, se hace patente la necesidad de introducir un verdadero agente, y dar una explicación de la existencia de las instituciones y la historia. El problema de la teoría social es la ausencia de una satisfactoria teoría de la acción.

Muchos han visto una posible solución volver la atención a la tradición fenomenológica, iniciada en Alemania por Husserl, o a la pragmatista, iniciada en América del norte por Pierce, o a la iniciada por el segundo Wittgenstein. Tradiciones que tratan de superar el dualismo cartesiano y que de un modo u otro admiten que es posible construir el orden a partir de la intención y la esperanza individuales sin producir dicotomías ni enfrentamientos. Es decir, una manera no disyuntiva de plantear la relación entre lo objetivo y lo subjetivo, entre la acción y el orden.

Para Husserl la realidad no es algo que está ahí fuera, sino que está conformada por la percepción. Lo cual no significa que niegue la existencia de la realidad, sino todo lo contrario, que la realidad no se corresponde con una visión tan simplista como la cartesiana. Es decir, que la objetividad no es algo que puede concebirse de modo extra-subjetivo e impersonal. La razón no es una pura capacidad procesal de unos datos

recibidos «de fuera», sino que es algo activo y configurador de la realidad. No es la experiencia un proceso neutral a partir del cual la razón obtiene los datos, sino que la conciencia, que incluye la corporalidad de la razón, concibe el conocimiento al unirse a la realidad. Para conocer es necesario que el agente se reconozca como parte de la realidad, y que no puede situarse en un puesto privilegiado y neutral de observación, como pretendía el cartesianismo.

Con unos agentes que están siempre inmersos en el mundo, y que no pueden situarse en una situación neutral y objetiva, hay que partir de la idea de que el mundo que se observa es en cierto sentido un producto de los agentes que lo observan. Hay ciertamente una realidad, pero aunque adecuada al conocimiento humano, este nunca la agota. Hay algo que siempre permanece inabarcable, que se escapa, y que precisamente es lo que irónicamente apoya la impresión de que la realidad no necesita de la conciencia. Todo agente humano observa y actúa desde una posición interna a la realidad que quiere conocer, y en ese sentido siempre hay una zona de sombra, que por otro lado es imprescindible para poder observar o actuar.

La razón instrumental, que es fundamento de la metodología económica, parte de la idea de que es posible esa privilegiada posición del «observador imparcial», donde los medios pueden ser desconectados de los fines. Es decir, concibe el universo como algo que está fuera del universo de la conciencia, algo que Husserl considera descabellado. La fenomenología de Husserl parecía buen camino para superar la dicotomía cartesiana, y plantear una visión más realista de la razón, pero por desgracia al final de su proyecto recayó en visiones muy próximas a las posturas idealistas. Desde una línea convergente con la fenomenología, el pragmatismo de Pierce, comienza también rechazando abiertamente el dualismo cartesiano, y se presenta como una alternativa a la dicotomía racionalismo empiricismo. En su opinión la concepción de la realidad requiere y se apoya en la concepción de comunidad. En otras palabras, que la investigación científica es inevitablemente hermeneútica. Y que en consecuencia el conocimiento de la realidad y la investigación científica es un proceso social. No hay puntos absolutos de partida, «estados naturales», o «lugares en ningún sitio», desde el que un individuo u observador inicial puede iniciar la explicación-construcción de la realidad. No hay situaciones de autoevidencia, sino que el conocimiento es siempre una tensión entre la subjetividad y la objetividad, una circularidad que sólo permite hablar de conclusiones provisionales, y siempre mejorables.

La Hermenéutica se opone a la dicotomía alma cuerpo y al reduccionismo mecanicista de la tradición cartesiana. Admite abiertamente, y no como una restricción indeseable, el elemento antropomórfico del conocimiento humano.

La Hermenéutica de Pierce, al contrario que lo que hizo su discípulo Dewey, no sólo rechazaba que hubiese una meta final a la que tiende toda la investigación científica, sino que expresamente repudiaba cualquiera posición que la negase. En este sentido se aprecia mejor la coherencia de Pierce en su visión comunitaria del conocimiento, y como en efecto el significado del pragmatismo no reside en absoluto en las reacciones individuales.

Podríamos decir que en la actualidad, después de las posturas fenomenológicas y pragmatistas, y el enfoque del segundo Wittgenstein, la metodología más adecuada sería aquella que entendiese la economía primariamente como un proceso de continuo aprendizaje y realización de los agentes, es decir, un proceso de continua negociación y de búsqueda de coordinación, y no como una simple ratificación de algunos pre-existentes estados finales que hay que alcanzar y a los que se tiende inevitablemente con independencia de la intención de los agentes. Es decir, la racionalidad económica es algo que social y culturalmente está en continua redefinición. En este sentido, cabe

decir que la historia, la antropología, y la economía, serían diferentes enfoques de un mismo tema.

La economía podría ser entendida como la prosecución mediante medios materiales de cómo una comunidad construye y descubre sus valores. En este sentido, no tiende a la realización de un orden dado a priori, sino que el orden es siempre mejorable, y se está siempre descubriendo a sí mismo, a través de las acciones de los mismos interesados.

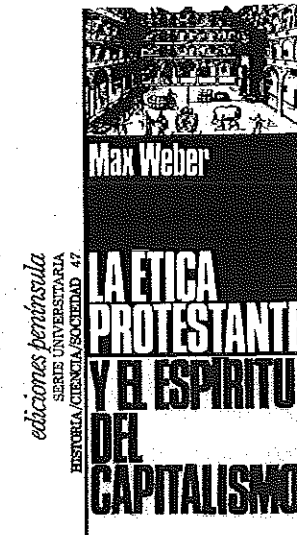
Desde este punto de vista los agentes económicos son definidos por una racionalidad más amplia que incluye hábitos, costumbres e instintos, la materialización de las relaciones que les condiciona y repercute sobre ellos. Es decir, no hay una sola o única lógica de elección, sino que en cada momento hace falta una comunidad de conocimiento que acuerde la jerarquía de las múltiples dimensiones de la lógica. Las leyes no vienen impuestas por la naturaleza, sino que son resultado de las acciones humanas que se generan y constituyen una comunidad de pensamiento y acción. Es la acción colectiva la que, a través de su control, libera y posibilita la acción individual. Esto no implica, sino todo lo contrario, unicidad de la acción colectiva. El pluralismo de interpretaciones de una misma acción colectiva, como puede ser el beneficio o el crecimiento, es esencial para la viabilidad de la misma acción humana, tanto en su dimensión colectiva, como individual. Todo esto obliga a reconocer que la economía es una actividad que implica una semiótica del comercio, la producción, y el consumo, y que busca explicar como los agentes interpretan el significado de las transacciones.

Se va produciendo un desplazamiento que lleve a colocar a la interacción como unidad de análisis en lugar del cerrado individuo utilitarista.⁸ Sabiendo que en cualquier caso la interacción es un proceso complejo y problemático en el que el agente contribuye a construir su propia subjetividad. Hay manifiestos intentos de superar la visión racionalista, discursiva, cuasi-científica, del proceso cognitivo, para dar entrada a aspectos que se sitúan más allá de la conciencia, a las rutinas, y a la «razón práctica». No todo se puede encerrar en los estrechos límites de lo contractual y normativo.

Aplicaciones y conclusiones

La aplicación de esta nueva metodología múltiple o pluridimensional permite superar el aparente conflicto entre libertad y orden. Un ejemplo revelador es la nueva comprensión del proceso de competencia.⁹ En el planteamiento neoclásico la competencia es entendida como una pugna por un único y homogéneo recurso entre individuos que se mueven con la misma conducta calculadora o maximizadora. En consecuencia la única posibilidad de orden es alcanzar una situación de equilibrio donde se produzca el agotamiento de nuevas oportunidades o incentivos para la acción. Es decir, el orden-equilibrio es entendido como el agotamiento de la acción. Desde esa perspectiva la actividad empresarial, y en general la acción humana, sólo puede ser entendida como en continuo conflicto entre la acción y el orden, como sucede, por ejemplo, en las visiones de Knight y Schumpeter. Idea de la acción como desequilibrio y desorden que es plenamente hobbesiana, y que lleva a la idea de la competencia como guerra de desgaste y eliminación del rival.

Si se supera la estrecha senda del individualismo metodológico, la acción no necesariamente debe reducirse a la unicidad de la conducta, a un comportamiento maximiza-



dor, ni el orden a una inevitable tendencia a un igualitarismo basado en la ausencia de incentivos, sino que la acción es idiosincrática de cada agente, y el orden social no sólo no exige la uniformidad y la pasividad, sino que se fundamenta en la diferenciación y la singularidad en el modo de hacer. No se compete por un único y singular recurso, que se supone dado y exógeno a la acción de los agentes, sino que competir es crear recursos singulares, una ventaja competitiva, algo en principio no escaso, y que basada en la singularidad e irrepitibilidad en el hacer que es la aportación que puede hacer un agente, pero sólo en la medida en que pertenece y está muy bien integrado en una cultura.

Todas estas posibilidades son fruto de superar un reduccionismo metodológico que hasta ahora ha existido en la economía, y otros muchos campos de la investigación social que subyugados por el paradigma naturalista no han sabido darse cuenta de que la predicción no es necesariamente el centro de toda investigación. No deja de ser cierto, como dice Giddens,¹⁰ que el principal problema de la moderna teoría social es la ausencia de una teoría de la acción.

8. Un excelente resumen de estas posturas puede verse en la introducción del libro de P. DiMaggio y W. Powell (1991), *The New Institutionalism in Organizational Analysis*, The University of Chicago Press.

9. Véase Michael E. Porter (1996), «What is Strategy», *Harvard Business Review* (noviembre-diciembre), pp. 61-78.

10. Véase Anthony Giddens (1979), *Central Problems in Social Theory. Action, Structure and Contradiction in Social Analysis*, University California Press, p. 2.